

que la union fraterna estaba rota entre Judá é Israel, v. 14. Estas últimas palabras significan sin duda la separacion de los judíos incrédulos de los verdaderos israelitas que reconocieron al Mesías. Sea como fuese, en lo que precede se ve claramente el pastor, ó á decir la verdad, el Mesías apreciado por los judíos y estimado en el valor de treinta monedas de plata y pagado por este vil precio. . . . Se ve la accion del que ha recibido esta suma y que la arrojó en el templo. Y finalmente, se ve el empleo que de ella se hizo llevándola al alfilerero ó vasero de tierra. Tal es la profecía de que san Mateo, segun su costumbre y segun la inspiracion del Espíritu Santo, refiere mas la sustancia y el sentido que las palabras.

MEDITACION CCCXX.

CONGRESO PRELIMINAR DE PILATO CON LOS JUDÍOS.

San Juan, c. XVIII, v. 28, 32.—San Mateo, cap. XXIII, v. 2.

Consideremos aquí primero, el escrúpulo de los judíos; segundo, la pregunta de Pilato y la respuesta de los judíos; tercero, la réplica de Pilato y la respuesta de los judíos; cuarto, el cumplimiento de la palabra de Jesucristo; quinto, la acusacion de los judíos.

PUNTO I.

EL ESCRÚPULO DE LOS JUDÍOS.

“Y ellos no entraron en el pretorio por no contaminarse y por poder comer la Pascua; salió, pues, Pilato fuera á ellos. . . . para hablarles.”

Primero. *Nosotros vemos aquí el ejemplo de una falsa devoción que teme mancharse entrando por necesidad en una casa profana y no teme después mancharse solicitando la muerte de un hombre justo é inocente.* Por otra parte, la Pascua que los judíos querian poder comer no era ya el Cordero Pascual, que ya lo habían comido en la vigilia, sino las otras victimas pascales que se inmolaban en los siete días que duraba la solemnidad, y particularmente las que se debían inmolarse en aquel día, que era el día de la Pascua de los judíos. La palabra *Pascua* en la Escritura se toma frecuentemente en este sentido.

Segundo. *Nosotros vemos aquí un ejemplo de*

una falsa apariencia. ¿Qué piensa, pues, este pueblo voluble al ver á Jesús conducido como un malhechor, condenado por cuanto hay de mas grande y mas acreditado en Jerusalem, y entregado al gobernador por las cabezas de toda la nacion? ¿qué piensa él sino que Jesucristo está culpado? pero qué piensa él, al contrario, de sus cabezas cuando los ve por delicadeza de conciencia rehusar entrar con Jesús en el pretorio por no contaminarse y por conservarse en estado de comer la Pascua? ¿Qué santos personajes! ¡qué hombres religiosos y de piedad! ¡Oh inocencia oprimida! ¡oh profunda hipocresía! ¡oh detestable maldad! ¡Ah! aprendamos una vez á no gobernarnos por las apariencias y á no precipitar nuestros juicios.

Tercero. *Nosotros vemos aquí el ejemplo de una justa condescendencia.* Bien que Pilato despreciase la religion y las observancias de los judíos, respetó no obstante sus prejuicios y se dignó de salir fuera para hablarles. Nos podemos representar que se dejó ver sobre una especie de balcon cubierto, que por una parte correspondia al patio y por otra tenia comunicacion con el interior de la casa, y que desde allí habló á los judíos que se habían juntado en una plaza delante de su palacio. Esta condescendencia de Pilato enseña á los grandes y á los que están constituidos en dignidad, á adaptarse cuando la ocasion se presenta á las ideas y á los prejuicios populares, y á nosotros tambien nos enseña á respetar en los otros su delicadeza de conciencia, y á conformarnos antes con ella, que contradecirlos ó inquietarlos.

PUNTO II.

LA PREGUNTA DE PILATO Y LA RESPUESTA DE LOS JUDÍOS.

“Y dijo: ¿qué acusacion presentais contra este hombre? Le respondieron y dijeron: si este no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado. . . .” ¿Qué sinceridad, qué equidad en la pregunta de Pilato! . . . ¿Qué orgullo, qué aspereza en la respuesta de los judíos! Estos esperaban sin duda una tal pregunta de Pilato, y por esto habían preparado su respuesta. Pero como deseaban tanto el éxito de la causa y tenían la penetracion y la equidad del juez, habrían querido que sobre su testimonio solo y sin otra inquisicion, hubiese condenado Pilato á Jesucristo, y se empeñaron en mantenerse en esta pretension. En esto tienen los judíos por imitadores á los maldicientes y á los calumniadores. Estos hablan, hieren la fama del prójimo, lo abandonan al odio público sin decir ni articular algun hecho de que ellos estén ciertos. Preguntados con Pilato: “¿Qué acusacion presentais vosotros contra

este hombre? . . .” Y los vereis mudos, ó á lo mas presentar acusaciones mal fundadas y sin pruebas, y aun acaso tambien sin verosimilitud: “*si no fuese este un malhechor. . . .*” Nosotros no hablaríamos así, el público, todo el mundo no hablaría de él como habla. ¡Razon malvada, malvada prueba! Si todo el mundo tal vez se conviene en hablar mal de alguno, es porque todo el mundo se deja engañar de los discursos de los primeros, que no tienen de ordinario otro fundamento que la malignidad, los celos y la envidia; es porque ninguno tiene la equidad del presidente romano, porque ninguno pregunta con Pilato: “¿Qué acusacion presentais vosotros contra este hombre? . . .”

PUNTO III.

LA RÉPLICA DE PILATO Y LA RESPUESTA DE LOS JUDÍOS.

“Les dijo, pues, Pilato: tomado vosotros, y juzgado segun vuestra ley. . . .” Como si les hubiese dicho: supuesto que vosotros lo conocis por culpado, juzgado segun vuestra ley, yo no me opongo á esto: en cuanto á mí, ni quiero ni debo condenarlo sin juzgarlo, ni juzgarlo sin saber de qué lo acusais, y sin examinar si las acusaciones estén bien fundadas y probadas. Este juez pagano da aquí una importante leccion á los judíos, y nos la da tambien á nosotros. ¡Cuántos juicios falsos, ciegos é injustos no hacemos todos los días contra Jesucristo, que nos está representado en sus ministros, en nuestros superiores y en nuestros hermanos! Nosotros los condenamos, no solo sin autoridad, sino tambien sin conocimiento de causa y sin pruebas; los condenamos sobre discursos mal fundados de los otros, y muchas veces sobre las calumnias de sus enemigos. . . . “Pero los judíos le dijeron: no es lícito á nosotros dar la muerte á alguno. . . .” Los judíos no podían hacer morir á alguno en el tiempo en que hablaban, esto es, mientras duraban las fiestas de Pascua. En uno de sus sínodos habían ellos dicho que no convenia hacer morir á Jesús durante la fiesta por temor de algun tumulto del pueblo; pero viendo que, contra su espectacion, las circunstancias se hallan favorables á sus designios, quieren solicitar la muerte de Jesús, y han recurrido á Pilato por dos razones: la primera por no verse obligados á diferir este negocio para después de las fiestas, como lo hizo después Herodes con san Pedro, cosa que habria estado sujeta á muchos inconvenientes; la segunda, para que Jesucristo fuese condenado al suplicio de la cruz, el mas vergonzoso y el mas cruel de todos; ordinario entre los

1 Véase la nota al fin de esta meditacion.

romanos y no usado entre los hebreos, pues la ley á que los remitía Pilato, no hacia mención alguna de este suplicio, ni lo señalaba para especie alguna de delito. Queriendo, pues, los judíos que Jesucristo fuese prontamente juzgado y condenado á la cruz, se vieron obligados á hacer lo que queria el gobernador, y al fin tuvieron que producir y alegar sus acusaciones.

PUNTO IV.

EL CUMPLIMIENTO DE LA PALABRA DE JESUCRISTO.

“Para que se cumpliese la palabra que Jesús había dicho significando de qué muerte debía morir. . . .” Nosotros no nos debemos cansar jamás de considerar la luz divina y la certeza infalible con que Jesús había predicho que debía morir sobre una cruz. ¿Cuántas cosas no era necesario prever para esto? Era necesario prever primero, que los judíos, en vez de hacerlo apedrear segun la ley como blasfemo, se determinarían á entregarlo en manos de los gentiles, no obstante las muchísimas razones que podían disuadirlo. Venida esta dificultad, he aquí una nueva que el gobernador hace nacer desde el principio, y que los judíos no superaron sino con ceder contra su carácter y á pesar de la oposicion de su orgullo y del temor de ver á Jesús abuelto. ¿Cuántas veces en curso de la causa pareció la crucifixion de Jesucristo, no solo dudosa, sino tambien desesperada y frustrada del todo? Con todo eso, se ejecutó. Jesús había previsto todos los obstáculos, todos los accidentes imprevistos, todas las resistencias del juez, y finalmente, su prevaricacion y el triunfo de sus enemigos. . . . ¡Oh luz eterna, y cuán sagrados son vuestros respaldores! ¡Cuán infalibles son vuestras predicciones, y qué confianza nos deben inspirar vuestras promesas! No es así de vuestros enemigos; su boca está llena de mentira, de impostura, de calumnia; pero vos habeis prometido confundirlos.

PUNTO V.

LA ACUSACION DE LOS JUDÍOS.

“Y comenzaron á acusarlo diciendo: hemos hallado á este pervertiendo á nuestra nacion, y prohibiendo pagar el tributo al César, y diciendo ser él Cristo rey. . . .” ¿Con qué cara estos hombres constituidos en dignidad se atreven á hablar así, ni solo delante del magistrado romano, sino tambien en presencia de todo un pueblo, testigo de la falsedad de todas sus palabras? En cuanto

á la primera acusación, ¿dónde han hallado ellos que Jesús subleva el pueblo? ¿Qué tumulto popular ha tenido que calmar por su ocasión? ¿No ha predicado él en todas partes la subordinación, la humildad, la obediencia y la dulzura? ¿El pueblo al salir de sus discursos, no se la retirado tranquilamente alabando y bendiciendo á Dios?.... La segunda es aun mas abominable.... Ha solamente cuatro días que le tendieron una red para sorprenderlo en orden á la obligación de pagar el tributo al César, y bien se acuerdan de la respuesta que les dió, y que les cubrió de confusión y se llevó la admiración de sus propios emisarios. ¿Qué hombres son estos que en una causa de tanta importancia se atreven á depone contra la evidencia del testimonio de su conciencia y contra la notoriedad de un hecho público? Consolaos, discípulos de Jesucristo, cuando seáis tratados como vuestro Maestro; seréis á él semejantes si vuestros enemigos se asemejan á los suyos.... La tercera es todavía mas horrible y mas impía si queremos considerarla bien. Ella tiene dos partes, la primera que Jesucristo ha dicho que él era rey: esta es una falsedad indignísima; él no lo ha dicho jamás, ni ha adoptado la manera, ni ha afectado las apariencias; antes todo en él ha sido simple y humilde. Los judíos mismos no le han preguntado jamás sobre esta calidad, y las espías que ellos tenían en todos los lugares no les han dejado jamás ignorar que cuando en Galilea habían querido los pueblos hacerlo rey, se había escondido y se había huido de ellos. Es verdad que el reino estaba unido á la calidad de Mesías; pero este reino no era de tal naturaleza que pudiese hacer sombra al César, ni turbar el gobierno presente, como querían darlo aquí á entender. La segunda, que Jesús ha dicho que él era el Cristo ó el Mesías. Pero una tal acusación concebida en estos términos, es una impiedad, una apostasía y una blasfemia. Porque no dicen ya que Jesucristo se ha dado esta calidad sin razon y sin prueba, sino que lo acusan simplemente de haberse dicho el Cristo, el Mesías.... ¿El Mesías es acaso una fábula ó una quimera? ¿no hay por ventura un Mesías que se espera? ¿son vanas todas las promesas hechas á Abraham y á David? ¿el fundamento y el fin de la ley de Moisés son por ventura quimeras? ¿Son meras visiones los oráculos de los profetas, la religion, una política externa, y la espectación de Israel un prejuicio popular? Y el primero que ha tenido valor para decir que él es el Mesías, es acaso por esto solo y sin otro examen digno de muerte? ¿Qué insensatos! ¡qué hipócritas! ¡qué impíos! He aquí con cuánta verdad les habia dicho el Señor que ni siquiera creían en Moisés.¹ He aquí la manera de pensar de aquellos hombres tan escrupulosos en lo exterior y tan rígidos observadores de la ley

1 S. Juan, c. V, v. 46, 47.

delante de los hombres. Y una prueba de que así absolutamente piensan, es que ellos mismos examinando á Jesús no han pasado mas adelante en las preguntas, y se han contentado con la simple confesion que ha hecho de ser él el Mesías y el Hijo de Dios y sobre esta sola confesion lo han condenado á muerte. ¡Ah! no se conoce bien á fondo la impiedad y la religion que se halla en los que han esparcido en todo tiempo calumnias tan atroces contra la Iglesia y sus ministros. Si se conociese, nos harian poca impresion sus gritos y sus discursos; pero la esconden bajo espeiosas apariencias para engañar con mas seguridad á los pueblos. Toca á los que son las victimas de la calumnia sufrir con Jesús, y á nosotros no dejarnos engañar. Dios lo ve todo, lo descubrirá todo y lo juzgará todo.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Jesús! yo os reconozco por el Cristo, por el Mesías; aplicadme, oh Salvador mio! los méritos de vuestra pasion; haced que aprenda á sufrir las injusticias ligeras, viendo que vos no rehusais sufrir por mi amor las mas terribles calumnias. Amen.

EXPLICACION

SOBRE LA PALABRA DE LOS JUDÍOS: NOBIS NON LICET INTERIFICERE QUEMQUAM.

S. Juan, c. XVIII, v. 31.

No es licito á nosotros dar la muerte á alguno. Es difícil determinar ahora el sentido de esta respuesta, sobre la cual hay tres pareceres diversos. Los unos quieren que el derecho de castigar con la muerte se lo hubiesen ya quitado á los judíos los romanos; pero este dictamen no parece probable; esto hubiera sido contra el buen orden: por otra parte, si esto hubiese sido así, Pilato no habria dicho: *Juzgado segun vuestra ley*.... Porque se trataba de condenarlo á muerte, ya que segun ellos era un malhechor y un blasfemo. Y ellos mismos no habrian después condenado á muerte á san Estévan y á otros muchos.

El segundo parecer es de los que piensan que los judíos quieren decir que á ellos no les es licito condenar al suplicio de la cruz. Pero en Pilato y los judíos no se trataba del género de muerte, sino del suplicio mismo de la muerte. Con esto se pondria una restriccion poco verosímil á la proposicion de los judíos, que es general. Puesta esta restriccion, el mismo Pilato no habria podido comprender lo que querian decir. Por otra parte, como aqui dice Pilato.... "juzgado vosotros segun vuestra ley...." dice después mas abajo.... "crucifieldo vosotros...." Con

que Pilato juzgaba que podian ellos hacerlo. De hecho, no se halla ningún monumento que nos demuestre que esto le estuviese prohibido; solamente es verdad que esto no estaba en uso entre ellos y que la ley no determinaba este castigo. Finalmente, el tercer parecer es de los que piensan que los judíos querian decir que no les era licito á ellos dar la muerte á alguno mientras duraban las fiestas de la Pascua. Este sentimiento nos parece mas probable, porque la restriccion que se oculta en las palabras viene determinada por las circunstancias del tiempo, y por eso natural é inteligible, lo que no se hallaria en el segundo parecer. Si Pilato dice mas abajo (como hemos notado) *crucifieldo vosotros*, es porque el impedimento que aquí los judíos oponen, proviniendo de su religion y de la solemnidad de su Pascua, no habia hecho grande impresion sobre el espíritu de Pilato, que era idólatra. Otra cosa hubiera sido si el impedimento que ellos oponian hubiese sido algun reglamento del imperio y de los Césares, como supone en el primer parecer.

Esta tercera sentencia, que no fuese licito á los judíos hacer morir á alguno durante la solemnidad de la Pascua, está apoyada sobre el ejemplo de Herodes, como se ha visto en la meditacion. La segunda sentencia no está apoyada sobre ejemplo alguno ni sobre alguna ley. La primera viene contradiicha del ejemplo de san Estévan, el cual fué entregado á la muerte por sola la autoridad del consejo de los judíos, como se lee en los Hechos apostólicos, cap. VI, v. 12.

MEDITACION CCCXXI.

PILATO PREGUNTA A JESUCRISTO SOBRE SU REINO.

S. Juan, c. XVIII, v. 33, 35.

—S. Mat., c. XXVII, v. 11.

—S. Marc., c. XV, v. 2.—

S. Luc., c. XXIII, v. 3, 4.

Consideremos aquí primero, la primera pregunta de Pilato y la respuesta de Jesús; segundo, la segunda pregunta de Pilato y la respuesta de Jesús; tercero, la tercera pregunta de Pilato y la respuesta de Jesús; cuarto, la cuarta pregunta, cuya respuesta no espera Pilato; quinto, la declaracion que hace Pilato de la inocencia de Jesucristo.

PUNTO I.

PRIMERA PREGUNTA DE PILATO Y RESPUESTA DE JESÚS.

"Entró pues de nuevo Pilato en el pretorio, y llamó á Jesús.... Y Jesús fué presentado de-

lante del presidente, y el presidente le preguntó diciendo: "Eres tú el Rey de los judíos?..." Pilato, como hombre juicioso, vió muy bien que las acusaciones de los judíos eran insubstantes, desnuadas de pruebas, y que no se presentaba algún testigo; pero como aseguraban que Jesús mismo se decía Rey, le quedaba solo que examinar este último punto, que parecia ser el fundamento de todos los otros. Volvió pues á entrar, é hizo venir á Jesús delante de sí. Aquí la hizo él de hombre experimentado. No dijo ya ó su prisionero de qué lo acusaban, y para mejor descubrir la verdad, le preguntó sin aquellas ceremonias y aparatos judiciales que muchas veces ó atemorizan un reo, ó le hacen mantenerse cautelado. Le dijo como por modo de conversacion: ¿eres tú el rey de los judíos?.... Se comprende muy bien la razon de una conducta tan sabia; pero no se comprende después tan fácilmente la razon de la respuesta que el Salvador dió al presidente. Respondió Jesús: "¿Dices tú esto esto de tí mismo, ó te lo han dicho otros de mí?..." Jesús no inaraba lo que le habian dicho á Pilato; pero queria que Pilato mismo declarase abiertamente un que calidad le preguntaba, para dar á entender que si Pilato lo hubiese preguntado solo como persona privada y por un espíritu de para curiosidad, no habria tenido de él respuesta alguna. El reino de Jesucristo, esencialmente unido á su calidad de Mesías, era un misterio que debía solo anunciarse á los hijos de Jacob, antes que el Mesías hubiese consumado sobre la tierra todos las misterios de la reconciliacion del género humano. Por esto el Salvador mismo observaba lo que habia encomendado á sus apóstoles cuando los envió á predicar la primera vez, esto es, de no ir á los gentiles ni á los samaritanos. Por esto condenaba tambien la impiedad de los judíos, por haber llevado al tribunal de un pagano que adoraba los ídolos, que no reconocia al Dios de Abraham, ni los oráculos de las divinas Escrituras, por haber llevado á este tribunal la causa mas sagrada y la mas importante de toda la religion, esto es, el conocimiento del Mesías y del Rey de Israel, y por haber pedido su decision, para desechar al que debía serlo. Conducta, no solo impia, sino llena de vileza, y por la que la Sinagoga se degradaba del todo á sí misma.— ¡Cuán grande es Jesús hasta entre sus cadenas!

PUNTO II.

SEGUNDA PREGUNTA DE PILATO Y RESPUESTA DE JESÚS.

"Respondió Pilato: ¿soy yo por ventura judío? Tu nacion y los pontífices te han puesto

en mis manos; ¿qué has hecho?...” Las primeras palabras de Pilato hacen ver el desprecio con que los romanos miraban a los judíos, y confirman lo mal que estos hacían en recurrir a los romanos en semejante causa. Lo restante de la respuesta da á entender que él pregunta en calidad de juez elegido de la nación y de los pontífices. Después de esta declaración necesaria, Jesús, humillándose á las órdenes de la Providencia de Dios su Padre, ya no rehusó responder al juez pagano sobre su reino. “Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si fuese de este mundo mi reino, mis ministros ciertamente pelearían para que no fuese entregado á los judíos; mas ahora mi reino no es de aquí...” Si Pilato no pudo comprender qué cosa era el reino de Jesucristo, vió bien á lo menos que de cualquier manera que fuese, no le debía dar alguna inquietud. Jesús probaba lo que decía. El estado en que se hallaba y la manera con que se dejaba tratar, no era propia de un rey de este mundo.—Esta verdad debe animar todos los príncipes y todos los pueblos en que se ha anunciado el Evangelio; verdad bien importante para todos los que han recibido el Evangelio y reconocen á Jesucristo por su Rey. Y pues nosotros tenemos la dicha de ser de este número, guardémosnos de establecer nuestra paz y nuestra felicidad en este mundo. Tenemos un Rey, tenemos un reino en el otro mundo, en que los bienes son puros, inmensos y eternos. En este mundo estamos solo para merecer la posesión de aquel. Sigamos á nuestro rey, sirvámonos de este mundo solo para merecer la felicidad del otro. Suframos en este mundo para reinar en el otro, y digamos frecuentemente, tanto en nuestros placeres y en nuestras satisfacciones, cuanto en nuestras ofensiones y humillaciones: “Mi reino no es de este mundo...” No nos contentemos de decirlo; probémoslo, como nuestro Maestro, con nuestra manera de vivir y de obrar.

PUNTO III.

TERCERA PREGUNTA DE PILATO Y RESPUESTA DE JESUCRISTO.

“Y así le dijo Pilato: ¿luego tú eres rey? Respondió Jesús, tú dices que yo soy rey. Yo á este fin he nacido, y á este fin he venido al mundo, para dar testimonio á la verdad...” Jesús era el Verbo de Dios antes de venir á este mundo. Ha venido, se ha hecho hombre, ha nacido para ser nuestro rey, para enseñarnos la verdad esencial y el camino que conduce á la vida eterna. Cualquiera que ama la verdad pertenece á él; y no resiste á su divina luz cualquiera que aborrece la mentira, y desprecia los bienes transitorios de este mundo, este escucha la voz de

Jesús, y en ella encuentra la verdad, la solidez, la eternidad y la divinidad de los bienes que su corazón desea.... ¿Cómo escuchamos nosotros la voz de Jesucristo? ¿Cuál es nuestro amor por la verdad? Si estamos inclinados á ella, declárenos en su favor; no nos avergoncemos de tener á Jesús por rey, de ser cristianos, católicos, y demos testimonio á la verdad con nuestras palabras y con nuestras operaciones.

PUNTO IV.

CUARTA PREGUNTA, CUYA RESPUESTA NO ESPERA PILATO.

“Dícele Pilato: ¿qué cosa es la verdad?...” Esta pregunta probablemente no la hizo Pilato con seriedad. No la hacía ya para ser instruido; bien sí, por una especie de desprecio, de incredulidad, ó si queremos decirlo así, hablaba de este modo de la verdad por una especie de compasión. Quería decir que la verdad era nada, que era solamente una idea, un fantasma á que un hombre sabio no debe sacrificar su tranquilidad y su vida. Esta es una manera de pensar que se halla muy comunmente en los mundanos, en los grandes, en las personas constituidas e dignidad, en los ricos, en los avaros, en los voluptuosos, únicamente ocupados en los bienes de este mundo; dicen estos, en el mismo sentido que Pilato: ¿qué cosa es la otra vida? ¿qué cosa es el alma? ¿qué cosa es la eterna salud? ¿qué cosa es la verdad, que merezca que nosotros nos dignemos entrar en las disputas de la religión y en lo que decide la Iglesia? ¡Ah! la verdad es Jesucristo mismo; es el rey de los siglos, el rey inmortal; es la vida eterna, á que debemos sacrificar, cuando la ocasión lo pida, bienes, placeres, reposo, reputación, y la vida misma; sin lo cual se renuncia á Jesucristo y se debe esperar solamente una muerte eterna.... ¡Oh Jesús, que sois la vida, la verdad y el camino! no permitais que jamás caiga yo en esta mortal indiferencia para con vos. Imprimid en mi corazón el amor de vuestra santa verdad, hecd que os la profiera á todo, y desprecio por ella todos los bienes de la tierra, que no son otra cosa que error y mentira.

PUNTO V.

DECLARACION QUE HACE PILATO DE LA INOCENCIA DE JESUCRISTO.

“Y dicho esto, salió de nuevo á los judíos.... Y dijo á los príncipes de los sacerdotes, y á las turbas, no encuentro delito alguno en este hom-

bre....” Pilato, que no esperaba respuesta á su pregunta, salió luego, después de haberla propuesto, á ver á los judíos. Dijo á los príncipes de los sacerdotes y al pueblo allí congregado: yo no encuentro en este hombre motivo alguno de condenarlo, ni tampoco motivo alguno de acusarlo. Esta declaración fué para los enemigos del Salvador un golpe de rayo que debió abatirlos; pero ellos tomaron aliento y se animaron. Ella debió ser para el pueblo un gran motivo de consolación; pero él se dejó engañar. Ella fué para Pilato una gran prueba de su discernimiento y de su equidad; pero mudó de semblante: así todo el mundo abandonó á Jesús, y se cumplieron sus predicciones. La Providencia quiso solamente salvar la gloria de su inocencia, y que así como el primer traidor que lo había vendido lo había declarado justo, así el último juez lo declarase inocente.

PETICION Y COLOGIO.

¡Oh inocente Cordero! ¡oh Salvador, principio de toda justicia; me alegro que sea reconocida vuestra inocencia. Las profecías se aclaran, y ahora se ve que únicamente queréis padecer por los pecados de los hombres, y dar vuestra vida por la salvación de vuestras ovejas. Concededme la gracia de padecer con vos para reinar con vos. Amen.

MEDITACION CCCXXII.

SILENCIO DE JESUS DELANTE DE PILATO.

San Mat., cap. XXVII, v. 12, 14.—San Márc., cap. XV, v. 3, 5.

Primero, razones que tuvo el Salvador para observar un profundo silencio; segundo, razones que tuvo Pilato para admirar este silencio; tercero, razones que tenemos nosotros para admirar este silencio.

PUNTO I.

RAZONES QUE TUVO JESUS PARA OBSERVAR UN PROFUNDO SILENCIO.

Primero. *La primera fué la dignidad de su persona.* Pilato al volver á su balcón hacía el atrio para hablar á los judíos, había llevado á Jesús. Luego que hubo declarado que él no hallaba motivo para condenarlo, renovaron los judíos sus acusaciones y añadieron aun otras que ni eran mas fundadas ni mejor probadas... “Y siendo acusado por los príncipes de los sacerdo-

tes y por los ancianos.... de muchas cosas.... nada respondí....” Y Pilato le preguntó otra vez diciendo.... ¿no oyes tú de cuántas cosas te acusan? á nada le respondió.... mira de cuántas cosas te acusan; pero Jesús ni aun entonces respondió....” Una cosa bien digna de observación es, que el Salvador no haya jamás respondido sino sobre su misión, sobre su calidad de Cristo ó de Mesías, de rey, de Hijo de Dios, de las cuales cosas debía enseñar á los hombres. De hecho, no parece que conviniere á su dignidad de Hijo de Dios y de juez soberano del universo, responder á los hombres sobre delitos que ellos habían tenido la temeridad de imputarle. Por otra parte, estas acusaciones eran, como las primeras, sin fundamento y sin prueba, y Pilato, que había despreciado las otras y había decidido por la inocencia, de Jesucristo, no viendo siempre otra cosa que pasion en los nuevos acusadores, habría debido hacer cesar el tumulto, atenerse á su primer juicio, ejecutarle y volver al acusado absuelto; pero este vil ministro empezaba á temer por sí mismo el furor de los judíos; habría querido salvar al inocente y no desagradar á sus enemigos, habría querido que Jesús por medio de fuertes defensas y de réplicas vigorosas, le hubiese ayudado á salir del embrazo; habría querido que con defensores hubiese reducido sus enemigos al silencio; ¡quien desee de una autoridad débil y languida.... Las apologías no hacen de modo alguno callar á los calumniadores, y cuando el ministerio la reconocido una vez la inocencia, no puede refrenar el espíritu de facción de otra manera que con mostrarle firmeza é inspirarle un justo temor.

Segundo. *La segunda fué para expiar nuestros pecados de palabra;* nuestras vanas excusas, nuestras falsas justificaciones, nuestras impaciencias, nuestras murmuraciones, nuestras inquietudes en las acusaciones hechas contra nosotros, y nuestros pecados en las acusaciones, ó verdaderas ó falsas, con que hemos mortificado injustamente y por malignidad al prójimo ó denigrado su reputación. Examinemos cuán culpados estamos en todos estos puntos, y demos gracias á nuestro Salvador por haber querido sufrir en silencio tantas calumnias para reparar nuestras culpas.

Tercero. *La tercera fué para darnos ejemplo y merecernos la gracia de imitarlo.* Jesús ha querido pasar por todas las pruebas á que nosotros debíamos estar sujetos para servirnos en todo de ejemplo y de modelo. ¡Seremos nosotros tan viles que no lo imitemos! El ha querido con cada uno de sus particulares sufrimientos merecernos las gracias propias de cada situación en que nos hallamos para excitar nuestra confianza. Pidámosle, pues, en virtud de aquel profundo silencio que observó entre sus enemigos, la gracia de observarlos nosotros: también y de imitar un tan grande ejemplo.

PUNTO II.

RAZONES QUE TUVO PILATO PARA ADMIRAR ESTE SILENCIO.

Primero. *La primera fué la manera con que Jesús observó el silencio.* "De modo que el presidente se maravilló en gran manera..." El silencio de Jesucristo estaba lleno de dignidad, de tranquilidad y de dulzura; nada tenía de vil ni de cobarde, como pueden causarlo ó una conciencia inquieta ó el temor de un cruel suplicio. Nada tenía de desabrido ni de feroz, como lo inspiran la cólera ó el deseo de la venganza. Nada tenía de fiero ni de ultrajante como lo producen el orgullo, la indignación y el desprecio; por esto Pilato no se ofendió de modo alguno, pero no pudo dejar de admirarlo. El corazón de Jesús observaba un silencio todavía más admirable; se humillaba á las órdenes de su Padre; y en ello ponía toda su complacencia; bien lejos de estar arfido, deseaba los suplicios para salvarnos, y bien lejos de insultar y de irritarse contra ellos, se compadecía de su error; tal es el silencio que Jesucristo propone para nuestra imitación; porque no es un imitar á Jesús observar un silencio en que la pasión queda mayormente satisfecha y se manifiesta más que lo que se manifestaría con las palabras.

Segundo. *La segunda fué la importancia del negocio en que Jesús observaba el silencio.* Nada menos se trataba que de la muerte, y de la muerte de la cruz; á esto se enderezaban todas las acusaciones que se intentaban contra Jesús y en un negocio de tal consecuencia él estaba tranquilo, el juez le era favorable, exigía una sola respuesta que Jesús podía dar fácilmente para rebatir la calumnia; pedía solamente una negación, él mismo solicitaba al acusado para que hablase, para que dijese sola una palabra; pero Jesús persistía en callar, con una firmeza y con una majestad, que el juez gentil no podía bastantemente admirar. La idea que los filósofos de Grecia y de Roma habían dado de su sabio, según ellos, rey del universo, y que jamás habían realizado, no podía tener alguna comparación con lo que Pilato veía con sus ojos de grande y de noble en el silencio del Salvador. Conviene ciertamente decir que el que en una coyuntura tan crítica observaba un tal silencio, fuese una cosa muy grande y más que hombre.

Tercero. *La tercera fué el contraste del silencio del Salvador con los gritos tumultuosos de sus enemigos.* Habría otra tanta calma, dulzura y nobleza en el acusado, cuanto era la vileza, el furor y la pasión que se veía en sus acusadores. Estos eran los personajes más distinguidos entre los judíos, y con todo eso, se sentían gritar tumultuosamente con un vil populacho, acumular las acusaciones sin orden, sin prueba y con un

furor, que habría bastado para probar su falsedad. De la otra parte Jesús en sus ataduras hacía ver que gozaba de una paz profunda superior á todo; observaba un humilde y majestuoso silencio, cumpliendo de tal modo perfectamente el retrato que de él había hecho el profeta, como si nada oyese ó nada tuviese que responder en su defensa. El gobernador escandalizado de las quejas y gritos de los judíos, no podía cansarse de contemplar al que ellos le habían entregado, y siempre crecía más su admiración. ¡Ah cuántas cosas decía á Pilato este silencio! ¡Ay de mí! ¿qué cosa no debería decir á mi corazón?

PUNTO III.

RAZONES QUE TENEMOS PARA IMITAR ESTE SILENCIO.

Fuera de las razones generales que tenemos para imitar los ejemplos del Salvador, pues con arte solo fin nos los ha dado, tenemos aun otras particulares para aplicarnos á imitar su silencio.

Primero. *La primera es la mayor frecuencia de las ocasiones que se ofrecen de imitarlo:* casi todos los días y aun muchas veces al día, se presenta esta ocasión. Alguno nos vituperar, nos reprende, nos acusa; otro nos critica, nos moteja, nos pica, nos contradice; acordémosnos entonces del silencio de Jesucristo, y si la cosa no nos obliga á hablar, imitémoslo. Esta es una ocasión, y cuanto más frecuente, tanto más nos debemos aplicar para aprovecharnos de ella. ¡Cuántos méritos no podemos adquirir con una práctica tan simple! ¡cuántas gracias no podemos obtener! ¡á qué grado de perfección no podemos llegar! Si, según Santiago, aquel es perfecto que no peca con las palabras; ¿hay por ventura medio más seguro que aplicarnos á imitar el silencio de Jesucristo? Si lo omitimos, ¡cuántas pérdidas diarias no hacemos! ¡de cuántos méritos nos privamos, cuántos pecados cometemos!

Segundo. *La segunda es la suma facilidad de imitar este ejemplo de Jesucristo.* Si no podemos obrar como el Salvador, hablar como él, sufrir como él, podemos por lo menos callar como él. No podemos en esto alargar nuestra debilidad ó nuestra incapacidad; para callar no es necesaria fuerza ni talento. Por otra parte, las circunstancias en que nos pide guardar silencio por amor suyo, no son de cierto tan decisivas como aquellas en que él lo observó por nuestro amor. Respecto de nosotros, no se trata de la vida. Los que nos ofenden no piden nuestra muerte, nuestro silencio no los incitará á perdersenos, antes hay algunos de tal carácter, que de él quedan conmovidos, edificados ó inclinados

por esto á estimularlos y cesar de inquietarlos. Si no imitamos al Salvador en una cosa tan fácil, ¿en qué, pues, lo imitaremos? y si en nada lo imitamos, ¿con qué título nos contamos en el número de sus discípulos, y con qué derecho pretendemos tener aun parte en sus recompensas? ¡Ah! somos muy viles si rehusamos seguirlo en una cosa tan fácil como es callar.

Tercero. *La tercera es que nosotros para callar, tenemos las mismas razones que tenía el Salvador.* La dignidad del cristiano que debemos sostener, el buen ejemplo que debemos dar, los pecados que tenemos que expiar y las gracias que podemos merecer.... Lloremos, pues, el haber perdido tantas ocasiones de observar un silencio tan honorífico, tan útil, tan necesario y tan fácil, y hagamos un propósito y una resolución firme de jamás perderlas en adelante.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Ah! Dios mío, haz que yo no abra la boca sino para los intereses de vuestra santa, verdad á la que debo dar testimonio; que observe silencio cuando no será muy necesario hablar, y que con paz y recogimiento, que son los frutos del silencio, adore vuestra conducta siempre sabia y siempre justa en medio de las injusticias de los hombres que contra mí se levantarán. Amen.

MEDITACION CCCXXIII.

JESUS ES ENVIADO DE PILATO A HERODES Y DE HERODES A PILATO.

San Lucas, cap. XXIII, v. 5, 12.

Primero, Pilato envía Jesús á Herodes; segundo, Jesús en casa de Herodes; tercero, Herodes vuelve á enviar Jesús á Pilato.

PUNTO I.

PILATO ENVIA JESUS Á HERODES.

Primero. *Por culpa de las cabezas de la nación.* Su culpa, ó por mejor decir, su maldad, fué el artificio con que propusieron una nueva calumnia.... "Pero ellos (los príncipes de los sacerdotes y la turba) se esforzaban más, diciendo: alborota el pueblo, enseñando por toda la Judea, habiendo dado principio en la Galilea hasta aquí...."

El primer artificio de la calumnia es alzar la voz y multiplicar los gritos.... Conociendo los judíos que por un lado les temía y que por otro admiraba la constancia de Jesucristo y quedaba

convencido de su inocencia, hacen mayores esfuerzos para atemorizar al juez; alzan la voz, redoblan sus gritos y repiten acusaciones que en sustancia son siempre las mismas, añadiendo á ellas solamente palabras en vez de pruebas, de que estaban faltos.... El segundo artificio de la calumnia es atacar la doctrina cuando no se atreve á atacar las costumbres. No es ya él el que alborota y conmueve el pueblo, es su doctrina. ¿Qué contiene, pues, ella de nuevo capaz de sublevar el pueblo? Ha ya tres años que Jesucristo enseña, que se examinan sus palabras, que lo ponen asechanzas. ¿Cómo, pues, ahora solamente se halla su doctrina sediciosa? Además, ¿qué máxima, que decisión se alega que pueda enderezarse á la sedición?... El tercer artificio es hacer mirar el mal como general y esparcido por todos los lugares; pero supuesto que el mal sea tan general, sería también necesario un número proporcionado de testigos. Su doctrina sediciosa está extendida por todos los lugares, y en ningún lugar hay sedición. Todo está tranquilo y sujeto en las ciudades y en las aldeas donde ha comparecido, tanto en la Galilea como en la Judea. ¿Dónde, pues, está el tumulto, el desorden, el efecto escandaloso y verificado de esta peligrosa doctrina? ¡Impostores! en todos los demás lugares todo está tranquilo, y si aquí hay tumulto, procede de vosotros solos. "Por toda la Judea...." Estos son términos indeterminados que se usan por la imposibilidad de especificar un solo lugar. Son palabras pomposas para aturdir un pueblo que no reflexiona, y para atemorizar magistrados políticos naturalmente inclinados á la desconfianza y á las sospechas. Son finalmente acusaciones desmentidas de los hechos, bajo las cuales la inocencia no deja al fin de verse oprimida muchas veces. Cuando la pobre inocencia se halla en tal estado, ¿qué consolación no puede hallar en el ejemplo de Jesucristo!

Segundo. *Por culpa de Pilato.* "Y Pilato, oyendo nombrar la Galilea, preguntó si era galileo. Y luego que entendió que él era de la jurisdicción de Herodes, lo remitió á Herodes, que se hallaba también en aquellos días en Jerusalem...." Herodes había venido sin duda á Jerusalem para celebrar allí la fiesta de la Pascua, porque profesaba la religión de los judíos. Pilato no remitió ya á Jesús á Herodes por respeto que tuviese á este príncipe, porque entre sí estaban en discordia. No le envió esta causa como si le perteneciese, porque había sido llevada á su tribunal. Tenía él toda la autoridad necesaria para decidir este negocio, de que era juez de última apelación. Lo envió, pues, á Herodes solo por debilidad, por desconfianza de su causa, y por evitar la necesidad ó de proceder contra la justicia por complacer á los judíos, ó de disgustar á los judíos sosteniendo el partido de la justicia. ¿Pero no sostenía en una tal cir-

cunstanza no es hacerle traición? ¿por qué expone él a un nuevo examen, a un nuevo juez, a un éxito dudoso la causa de un acusado que él mismo ha examinado, que ha juzgado y que ha declarado inocente?... Se aman los empleos luminosos por causa del honor que llevan anexo; pero no se quiere sostener el peso. Se ama la justicia, pero no se quiere dar con perjuicio del propio reposo. Se ama más la estimación de los hombres que la virtud. Muchos son más sensibles a la aprobación de los grandes, que adictos al propio deber. Con tales disposiciones, son indignos del empleo que ocupan, y basta una sola ocasión para perder al juez más incorrupto y más moderado, más iluminado y aun mejor intencionado, y para hacerlo prevaricador, injusto y cruel.

Tercero. *Por culpa del pueblo.* El pueblo estaba presente a cuanto sucedía. Veía y escuchaba cuanto se hacía en silencio. Conocía mejor que todos la falsedad de las acusaciones que se producían contra Jesús. ¿Con qué razón pudo él oír tantas calumnias sin reclamar, sin quejarse y sin manifestar su indignación? Cuando Pilato declaró inocente a Jesús, el pueblo, a quien iba enderezada la palabra, lo mismo que a los sacerdotes, debería haber hecho ver su júbilo y aplaudir el discernimiento y la equidad del gobernador. Con esto habría animado al juez, atemorizado a los calumniadores y dado testimonio a la inocencia reconocida; pero el temor lo contuvo en el silencio. Si no se atrevía a hablar, debía al menos retirarse para no autorizar con su presencia las calumnias que oía; pero la curiosidad triunfó de la obligación. Quiso verlo todo, acompañó a Jesús en su viaje a la casa de Herodes y en su retorno a Pilato. Se creyó sin delito, siendo solo testigo de vista, y no se persuadió que pudiese jamás llegar a ser parte, actor y acusador. Con todo, vino a serlo, y obró no según sus propias luces, sino siguiendo la pasión ajena contra las luces de su conciencia, y llegó hasta el exceso de pedir la muerte de aquel cuya inocencia conocía.... ¿Sois vosotros del pueblo sin cargo y sin autoridad? ¿ois calumniar a vuestros pastores, a los que os guían y cuya inocencia os es bien conocida? Si no podéis hablar en su favor, a lo menos retiraos, gemid, orad; pero no deis oídos a alguno de los discursos que se tienen contra ellos. Os haréis de otra manera cómplices, y acaso vendréis bien presto a ser culpables de las injusticias que se vendrán a cometer contra ellos, adoptando los sentimientos y aprobando las violencias de sus enemigos.

PUNTO II.

JESÚS EN CASA DE HERODES.

Primero. *Disposiciones de Herodes.* "Y Herodes cuando vió a Jesús, se alegró mucho porque había largo tiempo que lo deseaba, por que había oído hablar mucho de él y esperaba verle hacer algún milagro...." Por tanto, Herodes acogió a Jesús con júbilo, con deseo y con esperanza. Primero. *Júbilo y alegría pueril.* ¿Y qué alegría podía recibir de la vista de Jesús un príncipe voluptuoso, hasta el exceso cruel, raptor de la mujer de su hermano y homicida de Juan Bautista? No tuvo, pues, otra consolación que de ver un hombre extraordinario, que la de satisfacer su curiosidad sin alguna reflexión hacia sí mismo y sin algún deseo de aprovecharse de esta visita para su salvación. El júbilo de Zaqueo cuando acogió al Salvador en su casa, fué bien diferente y por esto tuvo la dicha de conocerlo; pero Herodes aunque lo vió no lo reconoció. Segundo. *Deseo estéril.* Ya había mucho tiempo que deseaba ver a Jesús; pero quién se lo había impedido? Jesús predicaba en Galilea, en sus Estados; en este país obra las grandes maravillas que cada día se le contaban, todo el mundo sabía dónde se detenía, a él concurrían las gentes de todas partes, aun de los países de Sidon. ¿Dió acaso Herodes algún paso para verlo? Temía ciertamente envilecer la majestad real, y mucho más aun el exponer a riesgo la alta sabiduría de que se preciaba se hubiese mostrado que pensaba como el pueblo.

Segundo. *Sabiduría impia.* Esperaba verle hacer algún milagro. ¿Por su necesidad? No. ¿Por su provecho? No. ¿Pues por qué? Por una vanidad, por su curiosidad, por someter la obra de Dios a su examen, a su crítica y a su censura. Con un espíritu bien diferente esperaban las hermanas de Lázaro de él un milagro. Estas vieron el milagro tan grande y tan interesante para ellas; pero Herodes ninguno vió. ¿No convienen por ventura a nosotros en alguna cosa estas disposiciones de Herodes? El placer que nos inspiran las fiestas y las solemnidades de la Iglesia, ¿no es pueril y profano? ¿nuestros deseos de salud y de penitencia no son estériles? ¿estamos bastante firmes e instruidos en nuestra fe, para no pedir ni esperar nuevos milagros, para establecernos más en ella?

Tercero. *Preguntas de Herodes.* "Le hizo, pues, muchas preguntas...." Las preguntas de Herodes eran conformes a sus disposiciones. Preguntaba sobre objetos de pura curiosidad. Le proponía dificultades que desatar, textos que conciliar y puntos de la ley para que los explicase. Le preguntaba sobre su persona, sobre su doctrina y sobre los milagros que le contaban. Le proponía todas estas diferentes preguntas para exa-

minarlo, para conocerlo a fondo y para profetizar de él un juicio que sirviese de regla a los sacerdotes, a los doctores y al pueblo, é hiciese honor a su propio talento, a su discernimiento y a su alta sabiduría. Esta zorra astuta, como la había llamado el Salvador, no obstante todos sus esfuerzos para salir con honor, fué cogida en sus propias redes; sus astucias se volvieron contra ella, y bien lejos de penetrar en el secreto y en el interior del que examinaba, si siquiera entendió su silencio exterior y trató de necesidad la sabiduría eterna de Dios.

Cuarto. *Silencio de Jesús.* "Mas él nada le respondió...." No solo no respondió Jesús a alguna de las preguntas que le hizo Herodes, pero ni aun le dijo por qué no le daba respuesta. No le advirtió que sus malas disposiciones lo hacían indigno de un milagro y aun de alguna respuesta; no le dijo que la curiosidad, que la vanidad, que el orgullo, la presunción, la irreligión que le hacían hacer tantas preguntas, eran también la razón de su silencio. Ni le reprendió sus delitos, su adulterio y la muerte de Juan Bautista. Jesús observó un silencio general y absoluto, y por cualquier artificio que usase Herodes, no tuvo respuesta alguna de este divino Maestro. Por otra parte, "estaban presentes los príncipes de los sacerdotes y los escribas, que lo acusaban fuertemente...." Y a todo esto nada respondió Jesús. Reyes de la tierra, grandes del mundo, temblad; este silencio terrible de Jesús es un justo, pero severo castigo de vuestro orgullo, de vuestra presunción, de vuestra temeridad, de la corrupción de vuestro corazón y de vuestra irreligión. Herodes no comprendió el misterio de la sabiduría y de la justicia de Dios. Se creía él, en calidad de judío, más iluminado que Pilato, y se mostró más ciego que él. Pilato había admirado el silencio de Jesús como efecto de una virtud más que humana, y Herodes lo despreció como efecto de flaqueza y de debilidad del que observaba. ¡Oh y cuántos llegan a este punto de ceguera! Cuando Jesús les reprendía en el fondo de la conciencia los primeros desórdenes de una juventud libertina, respetaban todavía la religión; pero después que sus replicados excesos se han merecido el silencio de Jesús, miran la religión con desprecio, vienen a ser más vanos, y se crean más iluminados a medida que caen en tinieblas más espesas.

PUNTO III.

HERODES REMITE JESÚS A PILATO.

Primero. *Jesús es despreciado de Herodes y de su corte.* "Y Herodes con sus soldados lo despreció, y haciéndole vestir por burla una ropa blanca, lo volvió a enviar a Pilato...." Hero-

des se creyó muy sabio en mirar a Jesús como insensato. Los grandes de su reino que lo habían acompañado a Jerusalem, no dejaron de aplaudir sus luces y les pareció que era obligación suya insultar con él la sabiduría de Dios, desconocida en todos los tiempos del orgullo de la razón. Se compadecieron de la ignorancia del pueblo, que habría tenido a este hombre por un profeta y aun también por el Mesías. ¡Cuántos discursos no se hicieron a este propósito! ¡cuánta burla y cuántas impiedades no se vomitaron! Pero al mismo tiempo, ¡qué orgullo, qué ceguera y qué necesidad en este príncipe y en sus cortesanos! No fué bastante despreciar a Jesús; quisieron dar a conocer en un modo sensible el juicio que la corte hacía de él, y hacerlo despreciable a todo el mundo con el vestido ridículo que le hicieron llevar. Se dejó vestir de él la sabiduría increada, para ponerse debajo de los pies, no como filósofo, el fausto con otro fausto, para condenar como Dios, y reprobar para siempre la sabiduría y la estima del mundo y para enseñarnos el caso que de ellas debemos hacer nosotros. En este estado fué Jesús enviado de Herodes a Pilato, y por medio de esta mutua deferencia fué restablecida la amistad entre el rey y el magistrado romano: "Y se hicieron amigos Herodes y Pilato en aquel día, porque antes eran entre sí enemigos...." Los dos se reunieron contra Dios y su Cristo, según la palabra del profeta, y fueron también los dos compañeros y quedaron iguales en el castigo de su delito; pero Jesús quería con su muerte procurar una unión más santa entre el judío y el gentil, formando de dos pueblos un solo rebaño, bajo un mismo pastor.

Segundo. *Jesús es despreciado de los sacerdotes y de los escribas.* Los unos y los otros no tenían motivo para estar contentos de Herodes, el cual no había puesto ni la más mínima atención a sus acusaciones, conociendo mejor que Pilato la falsedad de ellas y sus motivos secretos; pero se consolaron cuando vieron a Jesús salir del palacio, vestido con el hábito de ignominia, de insulto y de desprecio. Podemos imaginarnos que no se tuvo respeto ni atención alguna al divino Redentor durante todo el tiempo de su viaje, desde el palacio de Herodes hasta el de Pilato. Arrojaron contra él cuanto se puede decir ó de mayor insulto, ó de mayor desprecio, ó de mayor burla, con silbidos, con risadas mezcladas de oprobios, de injurias y de cuanto el odio y la envidia pueden inventar de más maltrato y de más atroz. ¡Oh Jesús, vos sois ciertamente un gran maestro de paciencia y de humildad! ¿Cómo es posible que no haya yo podido aprender en vuestra escuela a sufrir tranquila-

1 El emperador los desterró a los dos a la Francia. Pilato fué a Viena y Herodes a León.

mente y en silencio una palabra picante, una burla, una palabra de desprecio?

Tercero. Jesús es despreciado del pueblo. Fué de cierto una grande tentación para el pueblo esta escena humillante á que fué expuesto Jesús. La autoridad hace impresion sobre el espíritu del pueblo; pero mucho mayor la hace lo que le entra por los sentidos, lo que ve con los ojos. Un rey desprecia á Jesús, es verdad que no es un gran rey, es un tetrarca que tiene solo por sus Estados la cuarta parte de una monarquía; es verdad que no es un rey santo, sus resoluciones son bien conocidas, como tambien sus vinculos de amistad con los enemigos de la religion; es verdad que la nacion sobre que él reina no está en grande estimacion en Jerusalem; pero finalmente es siempre rey y su autoridad hace siempre impresion aun sobre un pueblo en que no manda. Pero lo que acabó de pervertir las ideas del pueblo de Jerusalem, fué el estado humillante en que comparó Jesús á sus ojos. El pueblo no pudo ver aquel vestido ignominioso, sin concebir algun desprecio del que lo llevaba. Ya no fué para sus ojos aquel profeta, aquel rey, aquel hijo de David que él habia acogido con alegres aclamaciones, aquel hombre poderoso en obras y en palabras que con una sola palabra sanaba los paralíticos, daba vista á los ciegos y roscitaba á los muertos, antes bien fué á sus ojos un hombre vil, bajo y despreciable. Y he aquí cómo el pueblo poco á poco se fué dejando pervertir de sus cabezas. Nosotros lo veremos dentro de poco adoptar sus sentimientos, conformarse y seguir su furor y hacerse cómplice del mismo decidido. Del desprecio facilmente se pasa al odio, y principalmente cuando á él impiden personas que están tenidas en crédito. Nosotros ya no nos hallamos en las mismas circunstancias; pero en muchas cosas no dejamos de imitar este pueblo. ¿De dónde viene el poco respeto, por no decir desprecio, que tenemos á Jesucristo en la Eucaristía, sino del estado oscuro y escondido en que se ha puesto y del mal ejemplo que nos dan los grandes del mundo? Y ciertamente, en este estado á que lo ha reducido su amor, deberíamos ofrecerle nuestros mas profundos homenajes, en recompensa de los ultrajes y de los desprecios que ha querido sufrir por nosotros de los judíos, y á los que de nuevo se ha expuesto en este adorable Sacramento que la herejía trata de necesidad y cuya apariencia no hiere los sentidos, pero que debería su fe anonadarnos y penetrarnos de respeto y de amor.

PETICION Y COLOQUIO.

El augusto Sacramento de vuestro altar, ¡oh Jesús! llamará continuamente á mi espíritu las humillaciones que habeis sufrido en presencia de Herodes y de toda su corte, solo para merecernos á nosotros el sufrir cristianamente las que

nos ocurrirán. Concededme esta gracia, ¡oh divino Salvador! Dadme aquella sabia estulticia que comparece solo estulticia á los ojos de los verdaderos insensatos, pero que es una verdadera sabiduría á vuestros ojos y á los de aquellos que vos queréis aclarar con vuestras luces. Amen.

MEDITACION CCCXXIV.

JESUS ES COMPARADO CON BARRABAS.

S. Lúca, c. XXIII, v. 13, 17.
—S. Mat., c. XXVII, v. 15,
20.—S. Marco, c. XV, v. 6,
11.—S. Juan, c. XVIII, v.
38, 39.

Primero: primer expediente que Pilato imagina para librar á Jesús; segundo, otro expediente de que Pilato se vale para librar á Jesús; tercero, incidente que hace diferir la respuesta del pueblo y la determina á darla contra Jesús.

PUNTO I.

PRIMER EXPEDIENTE QUE PILATO IMAGINA PARA LIBRAR Á JESÚS.

El expediente que aquí propone Pilato es de castigar á Jesús, esto es, de hacerlo azotar, y soltarlo libre. En el modo con que Pilato propone este expediente, vemos lo primero, un razonamiento justo; después una conclusion injusta, y finalmente una esperanza vana.

Primero. *Un razonamiento justo.* Habiendo Herodes vuelto á enviar á Jesús, Pilato se halló en el embarazo que habia querido evitar, y se vió á su pesar obligado á decidir sobre la suerte de Jesús.... "Pilato, pues, juntando los principes de los sacerdotes, y los magistrados, y el pueblo, les dijo: me habeis presentado este hombre como alborotador del pueblo, y he aquí que habiéndole yo preguntado en vuestra presencia, no he encontrado en este hombre delito alguno de aquellos de que vosotros lo acensais, y ni aun Herodes, porque yo os he enviado, y he aquí que nada se ha probado que sea digno de muerte...." Hasta aquí el razonamiento era sólido y la prueba convincente. Pilato sabia muy bien cuanto sucedia en la Judea, Herodes cuando sucedia en la Galilea, y pues ni el uno ni el otro hallaba rebelion ni rastro de sedicion, la acusacion es calumniosa y cae por sí misma á tierra. El título de rey que Jesucristo reconociese sería debido, no trae algun desconcierto al Estado, no ha ocasionado algun tumulto en el pueblo, ni ha dado alguna inquietud á Herodes. Este princi-

PUNTO II.

OTRO EXPEDIENTE DE QUE PILATO SE SIRVE PARA LIBRAR Á JESÚS.

El primer expediente que Pilato habia propuesto no tuvo lugar. Pilato lo abandonó por un momento, y se sirvió de otro que tambien escogió él mismo.

Primero. *De la costumbre de librar un preso en la fiesta de la Pascua.* "Acostumbraba el presidente en el día solemne entregar libre al pueblo un preso que él pidiese...." Esta costumbre era una ley que los judíos habian conseguido de los emperadores; por esto era una obligacion y una necesidad para el gobernador el librar al pueblo el preso que él queria. Los judíos antes de estar sujetos á los romanos, habian observado por sí mismos esta costumbre, en memoria de su libertad de Egipto por el pasaje del mar Rojo,¹ y de su libertad de las manos del ángel exterminador, que haciendo morir en todas las casas de los egipcios el hijo primogenito, puso las de los hebreos sin hacer en ellas algun mal, porque la puerta se halló teñida y señalada con la sangre del Cordero pascual.² Nosotros sabemos que esta libertad de los hebreos era la figura de la libertad espiritual de todos los pueblos, por los méritos de la sangre del Cordero. Admirémosla manera singular con que todo se une aquí en la muerte del Salvador, que es el verdadero Cordero de Dios y nuestra Pascua eterna. Admirémosla como en la continuacion de los siglos y por la revolucion de los Estados, la celebracion de este grande acontecimiento que contiene un tan grande misterio, se halla aquí entre las manos de un gentil, de un pagano, de un idólatra, como es el que siguiendo la ley de los señores del mundo, libra un preso; libertad que sirve de memoria de la libertad temporal y presente, y cómo finalmente el uno y el otro pueblo, el judío y el gentil concurrieron á la misma solemnidad, á la figura y á la realidad, cuyos frutos deben ser para ellos comunes. ¡Oh Dios, qué orden, qué providencia! Vuestra justicia es mas que los montes mas altos, y vuestros juicios mas que un abismo profundísimo.³

Segundo. *De Barrabás.* "Y tenia entonces un preso famoso llamado Barrabás.... Y Barrabás era un asesino.... encarcelado entre los sediciosos, el cual en la sedicion habia cometido un homicidio...." De la manera con que se esplican dos evangelistas, parece que no fuese este su nombre, sino un nombre que él habia tomado ó que la habia puesto el pueblo. Sea como fuere

1 La palabra pascua, pascha, ó sea fase, significa pasaje.

2 Exod., c. XII.

3 Salm. XXXV, v. 6.

pe ha despreciado al acusado, y mucho mas las acusaciones y los acusadores. Los dos jueces que han tomado conocimiento de la causa de Jesucristo, sin haberse acordado entre sí; sin que Jesús ó algun otro haya dicho cosa alguna para su defensa: los dos habiendo solo oído á sus acusadores, lo justifican y reconocen su inocencia. ¡Calumniadores, temblad! ¡pueblo colmado de sus beneficios, testigo de sus virtudes y de sus maravillas, haz tambien su elogio!.... Juez iluminado, magistrado romano, haz tu deber, castiga la calumnia, haz justicia á la inocencia! Pero ¡ah! sucede todo lo contrario. Los calumniadores se irritan, el pueblo calle y el juez está sin fuerzas. Dios queria que la inocencia de su Hijo fuese manifestada; pero ordenaba su sacrificio: á esto concurrieron todas las pasiones de los hombres. Grande ejemplo y grande consolacion para los discípulos de Jesús.

Segundo. *Una conclusion injusta.* "Lo castigaré, pues, y lo libraré...." ¿A quién has de castigar? ¿al que tú reconoces inocente, al que tú reconoces ser calumniado? ¿y por qué castigarlo? ¿porque se tiene envidia á su virtud, porque ha sido siempre irreprensible, porque tiene muchos enemigos y son furiosos? ¿es un romano el que así habla? ¿es un magistrado revestido de toda la autoridad de los emperadores? ¿es un juez? ¿es un hombre? ¡Oh Jesús! vos así lo permitis y consentis en esta inconsecuencia, para ser el modelo y la consolacion de vuestros siervos. Si, se reconocerá su inocencia y la integridad de sus costumbres; estarán sus enemigos convencidos de su fidelidad y de su sumision, todos estarán persuadidos que cuanto contra ellos se dice, es calumnia y procede de una cábala celosa y envidiosa, que teme su virtud y su celo, y á pesar de esto, los políticos del mundo concluirán que es necesario castigarlos, mortificarlos y humillarlos para complacer á sus enemigos y hacerles callar.

Tercero. *Una esperanza vana.* Pilato siempre débil queria librar á Jesús, sin disgustar á sus enemigos; esperó que condenándolo al suplicio de los azotes quedarían satisfechos y se librarían ellos mismos del delito de hacer morir al inocente. Tal fué el expediente que él propuso y al que declaró que queria atenerse; pero Pilato no conocia el progreso de las pasiones, hasta que punto de debilidad puede degenerar la condescendencia, ni hasta qué punto de indolencia puede llegar la envidia que no se reprime. ¡Oh juez débil y cobarde! Era necesario desde el principio hacer temblar la injusticia sin darle alguna esperanza, y tomar á toda fuerza la defensa del justo. ¡Cuánto estrépito y cuánto tumulto habrias prevenido! ¡de cuántos embarazos y delitos te habrias librado tú mismo!

se, Barrabás era uno de aquellos asesinos que se hacen famosos por los atrocinos, que vienen a ser el terror del país, y que saben eludir por mucho tiempo las pesquisas de la justicia. Este era conocido por un sedicioso, por un homicida y por un asesino. El hallarse actualmente Barrabás en la prisión, no era sin una providencia particular, como no era sin misterio el deber ser comparado á Jesús, preferido á Jesús y liberado con la muerte de Jesús. Este insigne peccador representaba todos los peccadores; me representaba á mí mismo. ¡Ay de mí! ¿no soy yo como él, un sedicioso, rebelde á Dios y á sus leyes? No contento de rebelarme á mi Criador, he empeñado los otros en mi rebelion con mis escándalos, con mis malos ejemplos, y acaso tambien con mis sollicitaciones, con promesas y amenazas: he alabado, favorecido, animado los cómplices de mi rebelion, y he perseguido á los que fieles á Dios han rehusado entrar en ella é imitarme. Soy como él un homicida que he dado la muerte á mi alma, y acaso tambien á otras muchas. Soy como él un ladrón, si no de las cosas de otros, á lo menos de las de Dios: esto es, me he servido de sus bienes contra su prohibicion; he abusado de ellos contra él mismo y para ofenderlo, he usurpado su gloria con mi orgullo, atribuyéndolo todo á mí, y con todo eso, soy yo, cargado de peccados, como lo estoy, soy yo el que Dios pone en comparacion con su Hijo; soy yo el que él preferirá, el que librará; es su Hijo el que él sacrificará á su injusticia por hacerme la gracia; y este Hijo adorable consiente con júbilo en esta preferencia por amor mio, y se entrega asimismo á los tormentos mas horribles y á la muerte mas cruel. ¡Ah! ¿cómo es posible que yo pueda creer este misterio y no morir de amor! ¡Oh amor divino é inefable, inflamad mi corazón, reinad en mi alma y poseedla en el tiempo y en la eternidad.

Tercero. *De la peticion del pueblo y la proposicion de Pilato.* "Y habiéndose unido la turba, empezó á pedir lo que siempre les concedia..." El pueblo, segun solia, subió al palacio del gobernador, y uniéndose á aquellos que ya estaban allí, pidieron á Pilato que les concediese la libertad de un preso á su eleccion, como se acostumbraba hacer todos los años. La coyuntura pareció favorable á Pilato. Se prevaleció de esta ocasion con diligencia y ardor, no dudando que ella lo sacaria del embarazo.... "Pilato respondió; y dijo: ¿á quién queréis que os ponga en libertad? ¿A Barrabás ó á Jesús llamado el Cristo?..."; Barrabás ó Jesús? ¿Qué comparacion! Con este ejemplo delante de los ojos podemos nosotros lamentarnos de las comparaciones odiosas que mortifican nuestro orgullo? Pilato recordaba al pueblo que Jesús era llamado Cristo y mirado como el Mesías, para hacer caer la balanza de su parte. Con este fin añadió aun.... "Yo no encuentro en él ninguna

causa. Mas tenéis por costumbre que yo os doje libre uno en la Pascua." ¿Queréis pues que os ponga en libertad al rey de los judíos?... El pueblo sollicitado de los autores de la conjuracion, no se daba prisa á responderle. Pilato insistia sobre los puntos que podian ser favorables á Jesús, sobre su inocencia, sobre el nombre de Mesías y sobre la calidad de rey de los judíos; pero en esto justamente cometia Pilato las mayores injusticias. Se perdía, se contradecía y se engañaba manifiestamente. El pueblo pedía la libertad de un reo y no de un inocente; estando, pues, Jesús inocente, no tenia necesidad ni de la fiesta de la Pascua, ni de la voz del pueblo, ni de la costumbre, para ser puesto en libertad; no necesitaba de otra cosa que de equidad en un juez. ¡Ah! juez indigno de este nombre.... "No es querer imprimir el oprobio sobre la frente del Mesías y del rey de Israel, el pretender que viva una vida vergonzosa, de que fuese deudor solamente á la indulgencia del pueblo y al privilegio de una ley hecha en favor de un reo? No, no, una tal vida no conviene á Jesucristo, al Dios de mi corazón; él dara por mí la que tiene, y tomará después otra digna de sí; vida que recibirá solamente de su Padre y de sí mismo, y que un día me comunicará tambien á mí, después que habré empleado por él la que tengo....

"Porque sabian que por envidia lo habian entregado los sumos sacerdotes...." Pero si él lo sabia, debia proteger la inocencia contra la envidia, declararse contra esta, reprimirla y castigarla. Y si él lo sabia, lo sabia aun mejor que el pueblo. Ahora, si el mismo Pilato, que era no solo independiente, sino tambien superior á estos pontífices, y que está en estado de hacerles temblar, no se atreve á declararse contra ellos en favor de la inocencia oprimida, ¿cómo espera él que el pueblo que depende de ellos en tantas maneras, será mas animoso que él, y se atreverá á lo que él mismo no se atreve? Pues si el pueblo viene á ser culpado, mas culpado que él es todavia Pilato, no obstante todas sus protestas.... Pero un incidente hizo dividir la respuesta del pueblo, y lo condujo á darla contra Jesús, como ahora veremos.

PUNTO III.

INCIDENTE QUE HACE DIFERIR LA RESPUESTA DEL PUEBLO Y LO INDUCE Á DARLA CONTRA JESÚS.

Primero. *Aviso importante que recibe Pilato de parte de su mujer.* "Y mientras él estaba sentado en su tribunal, le envió á decir su mujer: no te mezcles en la causa de este justo, porque hoy he padecido mucho en sueños por causa de él...." Pilato estaba sentado en su tribunal pa-

ra recibir la súplica del pueblo, y desde él le hacia sus proposiciones, cuando fué interrumpido por una persona que expresamente le enviaba su esposa.... Esta mujer era una de aquellas que por la frecuente comunicacion con los judíos, habian abandonado la idolatria; y adoraban al verdadero Dios. Ella no ignoraba cuál era la esportacion de Israel, y habia oido hablar frecuentemente de Jesús como del rey esperado. Su marido se habia levantado temprano por la mañana, para dar audiencia á los principes de los sacerdotes, y puede ser que sabiendo el motivo é informada del hecho, se quedase otra vez durmiendo, y que entonces tuviese aquel sueño espantoso, de que quiso hacer tambien sabedor á su esposo. Este sueño no parece venir sino de Dios. Le anunciaba sin duda los males de que Pilato estaba amenazado y que de hecho le sucedieron¹ y disponia la piadosa esposa para abrazar un día el cristianismo,² á lo menos cuando habria visto el cumplimiento de su sueño.... El aviso se dió oportunamente, habia aun tiempo para hacer uso de él; pero Pilato no supo aprovecharse de tan buen aviso.... Estos dos esposos deben ser para nosotros un ejemplo de terror y de piedad.... Las mujeres cristianas no deben entremetarse en lo que toca al empleo de sus maridos, sino para inducirlos á la clemencia, á la equidad y al respeto debido á la religion. ¡Dichosos aquellos que tienen esposas de este caracter y que son dóciles á sus avisos! Mientras que todo calla en la causa de Jesús y ninguno habla por él, hay esta sola mujer que toma su defensa y hace llegar su voz hasta las orejas del juez, y es una voz la mas propia á conmovérlo y la mas capaz de atemorizarlo si falta á su deber.... Ello es bien consolante para el sexo femenino, ver durante la pasion y después de la resurreccion do Jesucristo, las mujeres mas justas, mas compasivas, mas activas y mas animosas por él, que los hombres y que los apóstoles mismos. Hagan, pues, aun ahora ellas estos dos grandes misterios materia de sus tierras meditaciones.

Segundo. *Celo fariseo de los sacerdotes para corromper el pueblo.* "Pero los principes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron al pueblo que pidiese á Barrabás y que hiciese perecer á Jesucristo." Cuando los sacerdotes y los magistrados vieron que Pilato proponia á Jesús con Barrabás, empezaron á solicitar los votos del pueblo en favor de este último. El tiempo en que el gobernador estuvo ocupado en escuchar el mensajero de su esposa y en responderle, fué para ellos favorable y lo emplearon en hacer cábalas. En un momento se esparcieron entre el pueblo, y como serpientes venenosas se insinua-

ron en todas las clases, para vomitar el negro veneno de sus celos y de sus calumnias y para infestar con él los espiritus. ¿Qué ocupacion para los jueces de Israel, para los sacerdotes del verdadero Dios, para hombres destinados por su estado á sostener los intereses de la verdad, de la justicia y de la caridad! ¡Ah! no nos fiemos de este celo fariseo, huyámoslo y detestémoslo. Es fácil reconocerlo por la envidia que le hace hablar y vomitar únicamente injurias, maldiciones y calumnias.

Tercero. *Extraña facilidad del pueblo en dejarse engañar.* No solo los sacerdotes y los magistrados conmovieron el pueblo, sino tambien lo persuadieron, le hicieron entrar en sus ideas, en sus sentimientos, en su odio y en su furor.... No solo persuadieron un pueblo sino pueblos, á las diferentes tropas de los diversos cuarteles de la ciudad y tambien á las diferentes ciudades y pueblos del país, y todos conspiraron con una tal unanimidad, que no hubo ni uno solo que reclamase, contradijese ó se separase. No solo les persuadieron á pedir la libertad de Barrabás con preferencia de la de Jesús, sino tambien á hacer perecer á Jesús mismo, á pedir que fuese entregado á la muerte, que fuese exterminado y á no retirarse hasta que hubiesen conseguido el efecto de su peticion. No se han visto jamás cambios semejantes de ideas, semejantes repentinamente revoluciones de sentimientos y un semejante furor sino contra Jesucristo, sino contra sus discipulos. Pueblo desventurado, he aqui donde te ha traído la negligencia en aprovecharte de las instrucciones de tu Salvador, tu complacencia en escuchar maestros que tí mismo despreciaste al principio, cuya envidia y malignidad conociste y cuyos sentimientos adoptas ahora para consumar un delito que ellos no hubieran podido cumplir sin tí.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Ay de mí! ¿cuántas veces he tenido yo la desgracia de preferir el mundo y el demonio á vos, oh Jesús mio! ¿cuál ha sido mi ceguedad y cuánto debo indignarme contra mí mismo! Volved á llamar á vos, oh Dios mio! este mi corazón, que no habria debido jamás huir de vos; no permitais que jamás os ponga en paralelo con la criatura. Amen.



1 Pilato, desterrado en Viena de Francia, se quitó la vida de desesperacion.

2 Muchos padres, como Orígenes y san Juan Crisostomo, creen que se salvó.

MEDITACION CCCXXV.

EL PUEBLO PIDE QUE SEA LIBRADO BARRABAS Y JESUS CRUCIFICADO.

Sao Mat., cap. XXVII, v. 21, 23.—San Márc., cap. XV, v. 12, 14.—San Lúca, c. XXIII, v. 18, 23.—San Juan, cap. XVIII, v. 40.

Meditemos aquí tres diferentes preguntas que Pilato hace al pueblo y tres respuestas que el pueblo da á Pilato.

PUNTO I.

PRIMERA PREGUNTA DE PILATO Y RESPUESTA DEL PUEBLO.

Habiendo Pilato despedido al enviado de su mujer, y habiendo sin duda hecho decir que él tomaba (como se creía) todas las medidas para llegar á la conclusion que ella deseaba, continuó á dar la eleccion al pueblo entre Jesús y Barrabás.... "Y respondiendo el presidente, les dijo:" "¿A cuál de los dos queréis que os ponga en libertad?... Y todo el pueblo junto exclamó: quita (del mundo) á este, y danos libre á Barrabás...."

Primero. *Preferencia insensata en el pueblo é infinitamente humillante para Jesús por cuatro circunstancias.* Primero. *La diferencia de las personas.* Barrabás era un sedicioso, un homicida, un ladrón. Jesús era el autor de la vida, el santo y justo por excelencia. Si el pueblo no tenía de él un conocimiento tan perfecto, sabía á lo menos que había sido arrestado solo por envidia, que contra él no se citaba alguna hecho que tuviese la mas minima verisimilitud, que en él no se había visto otra cosa que virtudes y milagros, que había sido siempre mirado como un profeta, y que él mismo lo había recibido en triunfo seis dias antes, como al Hijo de David, al Mesías esperado. Segundo. *Los gritos con que el pueblo se explica.* No es una eleccion pacífica la que se hace, no son voces tímidas las que se oyen, y en las que se vean embrazo, inquietud y respeto humano; son, sí, gritos gallardos y sediciosos que se levantan con fuerza y con furor. Tercero. *La unanimidad de los votos.* "Todo el pueblo junto exclamó...." Todo aquel gran pueblo se reunió, todos gritaron, y de comun acuerdo se oyó una sola voz, un mismo sentimiento y una misma peticion, sin disparidad de opiniones y sin diversidad de sentimientos. Cuarto. *El odio que fué el principio de esta preferencia.* Barrabás no era ciertamente amado; cualquiera otro que

Jesús, puesto en competencia con él, habría sido preferido; pero Jesús era aborrecido y todos estaban resueltos á hacerlo morir. Por esto el pueblo no se contentó dentro de los límites de sus derechos, usurpó el que no tenía, no se contentó con pedir la libertad de Barrabás, sino que pidió que se exterminase, que se hiciese morir á Jesús. ¡Qué mudanza, qué ceguedad, qué frenesí! ¿Cuáles eran entonces vuestros afectos, ¡oh divino Salvador! para con este pueblo ingrato y pérfido? Eran afectos de compasion, de celo y de la mas ardiente caridad; los mismos que habeis inspirado á vuestros mártires que se han visto como vos y por vuestra causa el objeto del odio y de la pública execracion, y los mismos que inspiráis á vuestros fieles siervos cuando por amor nuestro oyen que la envidia, el libertinaje ó la herejía alzan contra ellos la voz y excitan los gritos de un pueblo engañado, que desea y pide á ciegas su destruccion.

Segundo. *Preferencia renovada cada dia de cuatro suertes de personas.* Primero. *De los impíos,* que prefieren los falsos vislumbres de una ciega razon ó mas frecuentemente de un libertino como ellos, á toda la revelacion de Jesucristo y á las puras luces del Evangelio. Segundo. *De los herejes* que prefieren un novator, un sedicioso, un hombre rebelde á la Iglesia, á aquel que Jesucristo ha establecido su vicario sobre la tierra, y á todos los pastores legítimos unidos á él, con los cuales Jesucristo ha prometido estar hasta la consumacion de los siglos. Tercero. *De los mundanos,* los cuales prefieren el mundo á Jesucristo y las leyes del mundo á las del Evangelio. Cuarto. *De los pecadores,* los cuales prefieren su pasion, sus placeres y su satisfaccion á Jesucristo.... Y todos estos de comun acuerdo exclaman.... "Quita del mundo á este...." Esto no procede de que ellos amen aquello á que dan la preferencia. El impío comprende muy bien la frivolidad de sus razonamientos, y detesta en su corazon las abominaciones de sus conductores, bien que los imite. El hereje conoce muy bien la falsedad de su secta y el oprobio de las cabezas á que está sujeto. El mundano sabe á las veces censurar la injusticia del mundo, que él ha escogido por maestro, sus caprichos, su corrupcion, su mala fe, sus traiciones. El pecador no cesa de lamentarse de la tiranía de las pasiones que lo señorean, y de la rebelion de una carne que no ha querido vencer y poner en sujecion; pero todos persisten en la eleccion insensata que han hecho, y en ella persisten por odio contra Jesucristo. Aborrecen al santo y al justo, aborrecen la santidad, la pureza de sus leyes, aborrecen un Dios pobre despojado de todo, un Dios paciente y humillado. Aman una vida injusta y sensual, una vida de tumulto y fragil, y aborrecen el autor de una vida santa en este mundo y de una vida gloriosa, deliciosa y eterna en el otro. ¡Oh imprudente eleccion! ¡oh

preferencia insensata! ¿Cómo, pues, he podido yo hacerme culpable de una tal locura: ¿querré aun por ventura caer en ella? ¡Oh divino Jesús! sostenedme, yo prefiero vuestra palabra y la simplicidad de mi fe á toda la ciencia de los hombres; prefiero vuestra santidad, vuestra mortificacion, vuestras humillaciones y vuestros sufrimientos á todas las grandezas y á todas las delicias del mundo.

PUNTO II.

SEGUNDA PREGUNTA DE PILATO Y RESPUESTA DEL PUEBLO.

Primero. *Pregunta de Pilato.* "Y Pilato habló nuevamente á ellos deseoso de librar á Jesús.... Y les dijo: ¿Pues qué queréis que haga del rey de los judíos?... de Jesús llamado el Cristo...." Se echa de ver en estas palabras de Pilato la consternacion en que lo puso la primera respuesta de los judíos, que ciertamente no esperaba. Vió sus medidas desconcertadas y desvanecidas sus esperanzas, y su politica está en sumo apuro. Ya no sabe á qué partido acogerse, consulta la voluntad de aquellos que deben obedecer á la suya para decidir la suerte de un acusado que él reconoce inocente, toma el parecer de sus conjurados y de sus acusadores, y se somete á la ley de aquellos á quienes él debe darla. Respeta los nombres de Cristo y de rey; Dios lo quiere así para gloria de su Hijo; pero este juez indigno por su cobardia y debilidad, hace traicion á estos augustos nombres y no lo respetará el pueblo.... ¡Ah! Pilato, ¿tú no sabes qué hacer de Jesús? Dámelo, y yo sé lo que tengo de hacer de él.... Pero no, no es necesario que me lo des tú; me lo ha dado su Padre y él mismo se ha dado á mí. ¿Qué haré yo de Jesús? Lo ofreceré cada dia como la victima de propiciacion por mis pecados, lo haré mediador de mi reconciliacion con Dios. Por él daré gracias á Dios de los beneficios que de él he recibido, y en su nombre pediré todas las gracias que necesito. Haré de él las delicias de mi corazon, mi alimento y mi bebida, la consolacion de mi destierro, el apoyo y la felicidad de mi vida, el modelo de mi conducta y de mis acciones. Haré de él mi amor, mi esperanza y mi salud, mi Salvador, mi Dios y mi todo.... "¿Qué queréis (dices tú) que yo haga de Jesús?... " ¡Ah! sobre esto sabré yo bien consultar mi obligacion y no la voluntad de los hombres ó las costumbres del mundo. Yo le tributaré mis mas profundos homenajes, le haré reinar sobre mí mismo, sobre todos mis sentidos, sobre las todas potencias de mi alma, le haré reinar en cuanto podré sobre todos aquellos que dependen de mí, y extenderé en cuanto me será

posible su reino.... *Es él llamado el Cristo y yo llamado cristiano.* Soy suyo por todos los títulos, lo seguiré, lo imitaré y no lo abandonaré hasta que haya colocado como ha prometido á su siervo, con él en la habitacion de la gloria.

Tercero. *Respuesta del pueblo.* "Dijeron todos: sea crucificado.... Y ellos gritaban mas: crucificalo, crucificalo...." He aquí finalmente la palabra decisiva, tan deseada de las cabezas del pueblo, preordenada tantos siglos antes del Padre Eterno, anunciada de los profetas, indicada de Jesucristo desde el principio de su predicacion, y claramente predicha cuando partia para Jerusalem, y cuando un tal cumplimiento parecia tener tan poca verosimilitud, que los apóstoles no pudieron comprender lo que les decia. He aquí esta palabra pronunciada de todo el pueblo, teniendo sus cabezas, sus magistrados y sus pontífices al frente, y pidiendo á grandes gritos que Jesús, su Mesías y su rey, sea crucificado. ¿Quién jamás habría imaginado que las cosas debiesen llegar á este punto? Con todo eso, han llegado á él, y en él durarán y se mantendrán. No le valdrá á Pilato buscar eufonias y poner por obra todas las industrias de su politica; la palabra se ha dado, será ejecutada; Jesús sea crucificado.... Y si el Cristo debe ser crucificado, ¿qué cosa debe ser el cristiano sino crucificado para ser semejante á su divino Maestro, para reinar con él? Porque.... los que son de Cristo han crucificado su carne con los vicios y con las concupiscencias. Debo, pues, pronunciar contra mí mismo esta palabra de salud. Mi cuerpo se lamenta, pide reposo, huye el trabajo. *Sea crucificado....* Mi carne se rebela, la concupiscencia se deja sentir, los vicios se manifiestan y quieren reinar; todo esto. *Sea crucificado.* Un afecto desreglado de amor, de orgullo, de odio, de antipatia, de venganza, de maledicencia se subleva en mi corazon. *Sea crucificado.* La persecucion me asalta, la calumnia me desacredita, la enfermedad me oprime; yo me presentaré á mis enemigos y gritaré á cada uno de ellos: he aquí el que vosotros buscáis. *Crucificalo, crucificalo.* Para esto he nacido, por esto soy cristiano; en esto consiste mi felicidad y mi gloria, pues que por esto solo puedo imitar á mi Salvador y merecer reinar eternamente con él. ¡Ah! ¡cuán afortunado sería yo si estuviese crucificado al mundo y á mí mismo! Entonces sería cristiano y pertenecería verdaderamente á Jesucristo.

1 Ad Corint., cap. V, v. 24.

PUNTO III.

TERCERA PREGUNTA DE PILATO Y RESPUESTA DEL PUEBLO.

Primero. *Pregunta de Pilato.* "Y él les dijo por la tercera vez: ¿Pues qué mal ha hecho este? No encuentro en él delito alguno de muerte: lo castigaré, pues, y lo libraré..." Observemos aquí: primero, la conducta siempre débil de Pilato, el cual lejos de mostrar algún vigor y fuerza, siempre se debilita más. Obliga los enemigos de Jesús al silencio, y por esto á una tácita confesion de su inocencia: los delitos de Barrabás son graves, notorios y probados, y contra Jesús no se produce algún hecho; se presentan solo acusaciones indeterminadas, sin fundamento, sin pruebas y sin testigos. No obstante, á pesar de una inocencia tan pura, Pilato vuelve al primer expediente que ya había propuesto, de hacer castigar á Jesús y librarlo. Con esto recae en su primera contradiccion de hacer castigar á un inocente. Propone este medio y tambien lo pone en ejecución sin asegurarse si el pueblo se contentará con él. No reflexiona que siendo los azotes un suplicio que ordinariamente se hace padecer á los que están condenados á la cruz, el hacerlo padecer á Jesucristo es prepararlo para la cruz y no para librarlo. Finalmente, Pilato se desmiente á sí mismo y debilita el testimonio que había dado á la inocencia de Jesús, porque había dicho desde el principio que no hallaba en él algún delito, y ahora restringe su testimonio diciendo que no hallaba en él delito alguno que merezca la muerte; ¿y qué es lo que encuentra en él que merezca castigo? Segundo. *La inocencia de Jesús.* Pero ¿qué mal ha hecho este? ¡Ah! antes bien, ¿qué bien no ha hecho él? ¿no ha pasado toda su vida en enseñar, en predicar, en edificar, en aliviar á todos los miserables y en dar la sanidad á los enfermos? ¿Quién jamás ha recurrido á él que haya sido desechado y no haya vuelto consolado, aliviado y sano? Pero ¿qué mal ha hecho este? Con su celo, con sus virtudes, con sus milagros se ha ganado el amor, la veneracion y la confianza de los pueblos, ha merecido su estimacion y no han podido negarle sus elogios. He aquí su delito, he aquí lo que ha llenado de celo el corazón de sus enemigos, lo que ha hecho ponerlo todo por obra, para desacreditarlo é intentar tantas calumnias para hacer cambiar de sentimiento al pueblo y revolver contra él mismo su favor. No hagamos, pues, caudal alguno de nuestra inocencia en el tribunal de los hombres, no esperemos en este mundo otro reconocimiento que el que se ha mostrado á Jesucristo, y este pensamiento lejos de ofender nuestro celo, nos anime y no nos impida la ingratitud de los hombres el sacrificarnos á su servicio y por su salva-

cion. Tercero. *El misterio de la inocencia de Jesucristo.* Jesús era inocente, la inocencia y la santidad misma, y nosotros éramos pecadores; él se había encargado de nuestros pecados, sobre él había puesto Dios nuestras iniquidades, y él solo podía llevarlas, expiarlas, borrarlas y merecernos la gracia de una perfecta reconciliacion con Dios. He aquí el misterio escondido en Dios que los profetas¹ han anunciado, que los apóstoles nos han explicado,² que los príncipes de este mundo no han conocido, que toda la sabiduría de los filósofos no habría jamás imaginado para conciliar la justicia y la misericordia de Dios. Misterio que la filosofía no puede comprender aun si no sujeta las luces débiles de su razon á las sublimes de la fe y del Evangelio. Ahora toca á nosotros que conocemos este misterio, conformarnos con Jesucristo, unirnos á él, sufrir con él en paz y en silencio las injusticias, las calumnias, los ultrajes, los tormentos y la muerte. Guardémonos de lamentarnos y de preguntar. ¿Pero qué mal ha hecho yo? Respondamos, ¿y qué mal había hecho Jesús?... Por manifiesta que sea nuestra inocencia delante de los hombres, pensemos que somos pecadores delante de Dios, que todas las penas de este mundo son nada en comparacion de las que hemos merecido, que sin Jesucristo deberíamos sufrir penas mayores, porque seríamos siempre esclavos del pecado, y que somos muy felices y muy honrados en poder á este precio participar de la redencion de Jesucristo, para tener parte en el cielo de su gloria... ¡Ah! ¡qué reconocimiento no le debemos! Si su amor por nosotros lo ha sujetado á tantos suplicios, ¿nuestro amor por él no nos dará valor para sufrir los que hemos merecido?

Segundo. *Respuesta del pueblo.* "Mas ellos insistían pidiendo á grandes gritos que fuese crucificado... Sea crucificado... y crecían mas sus clamores..." ¡Oh gritos insensatos de un pueblo ciego é infeliz! la santidad de Dios sabrá haceros servir á la gloria de Jesús y á nuestra redencion; seréis recompensados con las voces de salud y de bendiccion que hará sentir la Iglesia triunfante en el cielo y la Iglesia militante sobre la tierra! No pasará mucho tiempo sin que mas de cien mil israelitas, señalados sobre la frente con la señal de la cruz, y librados de la tribulacion, y una turba innumerable de todas las naciones del mundo, se una al coro de los ángeles para cantar eternamente las alabanzas de Dios y del Cordero que murió por ellos.³

PETICION Y COLOQUIO.

Uno mi voz, ¡oh Salvador mio! á la de vuestra Iglesia, para cantar vuestra cruz, vuestro amor,

- 1 Isai., c. LIII, v. 6.
- 2 Ad Cor., c. II, v. 8.
- 3 Apoc., c. VII, v. 6.

vuestro triunfo y vuestra gloria, hasta que libre tambien de la tribulacion de esta vida, despues de haber estado con vos crucificado, me pueda unir con vuestros santos y con los ángeles, para alabaros y daros las gracias por toda la eternidad. Amen.

MEDITACION CCCXXVI.

EL PUEBLO HACE A PILATO PREVARICADOR.

S. Mat., c. XXVII, v. 24.—
S. Marc., c. XVI, v. 15.—S.
Luc., c. XXIII, v. 24, 25.

Observemos primero. La vana ceremonia que usa Pilato. Segundo. La terrible imprecacion de los judios contra él mismo. Tercero. La prevaricacion de Pilato.

PUNTO I.

VANA CEREMONIA DE PILATO.

Primero. *De la accion de Pilato.*—"Y viendo Pilato que nada adelantaba, sino que crecía mas el alboroto, tomando agua se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: yo estoy inocente de la sangre de este justo; alla os lo veis vosotros..." tocará á vosotros responder por ella..." O sea que Pilato haya copiado de los judios esta ceremonia, ó que ella hubiese estado en uso entre los gentiles, se comprende muy bien á qué fin se lava él las manos. Esta accion justifica á Jesús, pero no justifica á Pilato. Se ve este juez declarar publicamente la perfecta inocencia de Jesucristo. No dice ya, como arriba, que no encuentra en él algún delito digno de muerte, ni como antes, que no halla en él algún delito, sino le da absolutamente y sin restriccion el nombre de justo, que expresa no solo su inocencia, sino tambien su santidad y la union de todas las virtudes. Se lo había tambien indicado debajo de este nombre su mujer, y él mismo, solamente por lo que había visto en él, no podía negarle este testimonio. Lo da delante de todo el pueblo, y lo acompaña con una ceremonia capaz de hacer impresion sobre todos los espíritus y de perpetuar su testimonio de generacion en generacion.—Admiremos aquí la Providencia, y alegrémonos de la gloria que de esto resulta al nombre de Jesús. Con esta misma accion pretendió Pilato declarar que él estaba exento del delito que se cometía en derramar la sangre del Justo; pero extrañamente se engañaba en esto. La ceremonia que hacia no podía tener este significado, pues haciéndola no detenta lo pasado ni trata de repararlo, y luego des-

pués de haberla hecho, continúa en el mismo tanor, y aun hace mas con dar él mismo las órdenes necesarias para que sea derramada la sangre de este Justo. ¿Cómo, pues, con todo esto se cree él inocente? ¿No ve que el testimonio que da á Jesucristo, no obstante la ceremonia con que lo acompaña, se revuelve enteramente contra él mismo? ¡Ay de mí! ¿cuantos pecadores entre nosotros se ciegan de este modo! Apliquemos lo que hemos dicho ahora á la confesion que se hace antes de la comunión; apliquémoslo al agua bendita, de que todos se sirven al entrar en la iglesia; con esto damos testimonio á la divina Eucaristía y á la santidad de la casa de Dios; ¿pero nos purgamos? ¿recuperamos la inocencia? ¿el testimonio que damos no se revuelve contra nosotros mismos?

Segundo. *Del discurso de Pilato.*—"Yo estoy inocente; pensad vosotros en esto..." Sin duda toca á ellos el pensar en esto. Pero tú, Pilato, ¿no tendrás tambien que responder de la sangre de este Justo? Ellos son culpados en querer la muerte de Jesús, que han tenido tiempo de conocer mejor que tú, y en pedirlo con tanto furor y con tanta rabia, son culpados en solicitarte, en darte priesa, en hacerte una especie de violencia, y en ponerte casi en la necesidad de derramar la sangre inocente; pero tú ¿no eres tú tambien sumamente reo en concederles una peticion de que conoces la injusticia y que eres dueño de negarla? Tú cedes á su impertinencia, tú empleas por ellos tu ministerio, te sirves de tu autoridad para consumir su delito, no obstante las reprensiones de tu conciencia, las luces de tu espíritu y los avisos de tu virtuosa esposa. ¿Y tú te glorias aun de ser inocente?... Reflexionemos sobre nosotros mismos. ¿Cuántos entre nosotros ó se creen ó se dicen inocentes, y son acaso mas culpados que el mismo Pilato? ¡Oh! y qué industriosos somos en echar sobre los otros nuestras propias culpas, en pronunciar sobre nuestra propia inocencia! Si nos dejamos trasportar á impaciancias, á cóleras, á quejas, á odios, á murmuraciones, á palabras de ultraje, ¿confesamos acaso haber tenido culpa? No decimos, por ventura, que nos han dado ocasion los otros? Como si la virtud pudiese practicarse de otro modo que en las ocasiones. ¿Los mayores delitos no se excusan acaso con la misma facilidad por aquellos que los cometen? Las injusticias, los hurtos, las deslealtades, la impureza, el olvido de Dios, la ineducacion, la irreligion, las blasfemias, la negligencia de las propias obligaciones, la calumnia, la venganza; ¿quién hay que se condena en todos estos pecados y se reconozca culpado sin buscar excusas? Se echa la culpa sobre el mundo, sobre los malos ejemplos, sobre los usos, sobre las pasiones, sobre la providencia, sobre Dios mismo. Entre tanto se continúa á vivir sin remordimiento, y si algunos no se declaran del todo